



EVALUACIÓN CURRICULAR PARTICIPATIVA: ANTECEDENTES, FORTALEZAS Y DEBILIDADES

Aníbal Quispe Limaylla

anibal_quispe@hotmail.com

RESUMEN

A pesar de que la evaluación educativa ha tenido cada vez mayor presencia en nuestro medio, su impacto para mejorar este campo ha sido débil. Estudiosos sobre el tema indican que, en gran parte, ésta se ha debido a la aplicación del enfoque convencional, caracterizado por ser externa, impositiva y con escasa participación de lo(a)s actores en la educación. Para superar tal situación, aunque su aparición no es reciente, la evaluación participativa surgió como alternativa. En la actualidad, este enfoque es poco conocido y aplicado en nuestro medio, por lo que en este trabajo, se documenta y analiza sus antecedentes, corrientes, fortalezas, debilidades y desafíos. El propósito es informar y motivar a lo(a)s interesado(a)s sobre el análisis y uso de este enfoque alternativo. El método usado fue básicamente la investigación documental y el análisis reflexivo vivencial. Se concluye que en una sociedad donde prevalece el individualismo, la escasa cooperación y la solidaridad, es necesario promover e impulsar la participación en los diversos aspectos y especialmente en las acciones educativas y la evaluación curricular.

Palabras clave: evaluación curricular, evaluación participativa, evaluación formativa.

Planteamiento del problema

Aunque el tema de la evaluación participativa no es reciente, pocas veces ha sido tratado, propuesto y aplicado en nuestro medio. Es común ver, leer y escuchar sobre el rechazo o la indiferencias de miembros de la comunidad educativa sobre la evaluación convencional, que es externa, sumativa, impuesta y hecha, en la mayoría de los casos, por expertos, pocas veces incluidos los miembros de la comunidad educativa en sus procesos y no siempre utilizados sus resultados, para los fines esperados (Fernández-Ludeña, 2012).

La situación actual por la que atraviesa la educación en México, en sus diferentes niveles y aspectos, que han sido señalados por numerosos estudiosos, como preocupantes, motiva a la reflexión para sugerir, proponer y actuar en temas como la evaluación curricular. Los siguientes



datos reflejan indicios de esa situación preocupante que analistas hacen énfasis. Según la INEE (2012) A pesar de que hoy en día es mucho mayor el número de personas que tienen acceso al sistema educativo (la cobertura pasó de 77% en 1970 a 95% en 2010 a nivel nacional en educación primaria), el logro educativo no ha seguido la misma tendencia y la calidad de la educación que reciben los estudiantes ha sido bastante deficiente: en todas las ediciones de la prueba PISA, México ha obtenido la calificación promedio más baja entre los países miembros de la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE) en las tres competencias evaluadas: Lectura, Matemáticas y Ciencias. En educación media superior, estos problemas se agravan al sumarse con altas tasas de deserción, que afectan directamente la competitividad y productividad de los estudiantes a su salida del sistema educativo.

Si bien, para superar la situación señalada requiere de cambios importantes en los diferentes aspectos del sistema educativo, en la administración y evaluación educativa son impostergables y urgentes. En lo que se refiere a la evaluación, en la actualidad, esta constituye un proyecto de amplia presencia en el Sistema Educativo Nacional. No se discute su importancia y la exigencia de que cumpla un papel de retroalimentación para mejorar el aprendizaje y contribuir a lograr el funcionamiento cabal del sistema, pero aún queda un largo camino por recorrer (Velázquez, 1996). Por su parte, Martínez y Blanco (2004) refieren que la actual propuesta de la Secretaría de Educación Pública (SEP) de mejoramiento educativo apoyadas básicamente en herramientas de evaluación y soportada por la creación del Instituto Nacional Educación Educativa (INEE); pese a su publicitada operatividad, no parece representar el mecanismo idóneo para lograr la mejora pretendida.

Lo anterior sugiere que, como lo señalara, hace varios años, Weiss (1990), la evaluación aún no ha cumplido plenamente sus promesas en lo que respecta a servir de guía para el mejoramiento de la racionalidad de la política social y entre ellas, la educativa. Su potencial nadie lo discute; su estado actual sí deja algo que desear. El campo de la evaluación exige la formación de talentos, no sólo en cómo hacer la evaluación y presentar resultados, sino también en cómo saber involucrar a los interesados (*stakeholders*), para facilitar el aprendizaje y el uso de los resultados DGDC (2014).

Sobre la evaluación participativa, si bien desde hace varias décadas, se cuenta con un discurso general favorable, asumido casi por todos los sectores, incluido el propio Estado, son pocas las coincidencias en su conceptualización, metodología y práctica; es decir, no todos buscan lo



mismo. En la actualidad al referirse a este tipo de evaluación, se habla de evaluación interna, autoevaluación, evaluación formativa, evaluación compartida, evaluación comprometida, entre otros. A pesar de estas diferencias, lo común es que parten de la premisa de que la participación es positiva e imprescindible para mejorar la educación, a pesar de los riesgos, dificultades e incertidumbres que a menudo acompañan su puesta en marcha (Argumedo, 1986 y Balcázar, 2003).

Finalmente, debemos entender que la evaluación es parte del proceso educativo y no como una intervención externa a este, por lo que debe ser integral, participativa y democrática que procure una verdadera transformación.

Fundamentación teórica

En principio, la evaluación es un proceso permanente de investigación y al referirnos a la evaluación curricular es un proceso que se da en forma dinámica, sistemática y de manera deliberada desde el inicio de la elaboración del plan curricular para suministrar validez, confiabilidad, objetividad; además de establecer la relevancia, alcance, duración y eficiencia del Plan Curricular de acuerdo con las innovaciones que el proceso educativo y social exige en el momento actual (Díaz Barriga, 2005)

En lo que se refiere a evaluación participativa, en la literatura encontramos diversas formas de definirla, por lo que es necesario analizarlas y entender a qué se refieren. Según Gómez de Souza (1986), la expresión “evaluación participativa” muchas veces aparece como una categoría difusa, ya que no señala *per se* quienes han de participar. En nuestro entorno es lamentablemente común considerar como participación a *formar parte de*, como si fuera suficiente para que las personas se incorporaran al grupo (Argumedo, 1986). El autor remarca que la participación se debe entender como *tomar parte en*, porque al incorporarse al grupo las personas adquieren el derecho de intervenir en la toma de decisiones.

Al analizar los conceptos, para tipificar a quienes se refiere la participación, Aguilar-Idáñez (2011) distingue tres modelos, según quienes son los involucrados y el momento de su participación, y los intereses de cada grupo: 1) involucra a los destinatarios y otros actores de los programas en los diversos momentos del proceso evaluativo; 2) persigue minimizar la distancia existente entre el evaluador y los beneficiarios, buscando crear condiciones para que se genere una respuesta endógena del grupo como resultado de los supuestos cambios



generados; y 3) se parece a la evaluación orientada al cliente, aunque con diferente alcance: mientras que el referido modelo se preocupa por un grupo de intereses afectados, el modelo de evaluación participativa se orienta a todos ellos.

Como puede apreciarse, las observaciones que Aguilar-Idáñez hace a las definiciones del término participación, implica considerar varios aspectos, los cuales deben incluir: a quienes se incluye, para qué y por qué se incluyen, cómo debe ser su participación, el grado de participación y su propósito. Por su parte Vejarano (1983) al reflexionar sobre la relación entre el concepto y su aplicación, cuestionaba ¿Cómo pasar del discurso a la práctica en esta propuesta de un proceso participativo de evaluación educativa cuando sabemos que históricamente la práctica social fue lo opuesto: centralización de las decisiones en la institución educadora como representante del Estado, excluyendo a los otros agentes del proceso educativo? En este sentido el autor enfatiza que la participación significa devolver su sentido humano a las acciones, des-alienarlas, recuperando e integrando las fases de planeación, operación y evaluación para cada uno de los agentes educativos.

Enfoques de evaluación participativa

En la literatura observamos una diversidad de corrientes sobre evaluación participativa. Si bien ésta es aceptada y supuestamente asumida por todos los sectores, incluido el propio Estado, no todos buscan y entienden lo mismo. Según Esmanhoto, Kless y Werthein (1986) y Aguilar-Idáñez (2011), basado en la examinación de otros autores, llegaron a la conclusión de que se pueden distinguir tres enfoques.

1. La evaluación participativa que procura el uso de los resultados de la evaluación y consecuentemente la mejora del proyecto o programa.
2. La evaluación participativa transformadora que procura el desarrollo de capacidades de los interesados e involucrados en el proyecto o programa.
3. La evaluación participativa pasiva impuesta y sin compromiso de cambio.

Cabe señalar que si bien en los dos primeros enfoques en el fondo subyacen orientaciones filosóficas distintas, ambos tienen propuestas e ideas comunes.

El primer enfoque tiene su origen en las experiencias norteamericanas y canadienses. El debate sobre la evaluación participativa se centra en la utilización de los resultados de la



evaluación porque supuestamente la participación de todos los sectores, aumenta la probabilidad de que se usen los resultados. En este enfoque las evaluaciones son llevadas a cabo por un evaluador particular o un equipo de evaluadores. Estos coordinan y deciden quienes participarán en todo o parte del proceso de evaluación. Estos son los que asumen toda la responsabilidad de los resultados. En este enfoque los participantes procuran que no haya confrontaciones con las posiciones de no participación a pesar de los hechos observables.

El segundo enfoque, denominada corriente crítica emancipadora, identifica cuatro tipos de evaluaciones asociados a lo siguiente: la evaluación colaborativa, la evaluación comunitaria, la evaluación democrática y deliberativa y la evaluación empoderadora (empowerment). Entre las características fundamentales de este enfoque se pueden distinguir las siguientes (Aguilar-Idáñez, 2011):

- La evaluación se centra en mejorar las capacidades de los grupos e instituciones; el equipo de trabajo asume el papel de activador del cambio que genera una actitud reflexiva y transformadora de sus miembros.
- Las capacidades son promovidas en la marcha, a través del aprendizaje en las acciones de participación.
- Con la participación se procura un nivel cada vez mayor de acercamiento al proyecto, de cohesión del grupo, mayor capacidad de auto-reflexión, cambio y mayor autonomía respecto a los asesores externos.
- El evaluador se convierte en un facilitador del aprendizaje que se promueve en el interior del proceso evaluativo.
- Todos los grupos y minorías deben estar incluidos en el proceso, el cual debe ser deliberativo y dialógico.
- Numerosos estudiosos sobre el tema perciben a este enfoque de evaluación como algo que promueve un movimiento social y político.

El tercer enfoque, si se puede llamar enfoque, es lo que en la realidad actual se observa cuando funcionarios, administradores y algunos docentes, queriendo asumir o promover supuestos cambios en los proyectos o unidades escolares, intentan la participación de profesores, padres de familia y otros involucrados. En esta corriente no hay prácticamente un propósito serio de cambio; se puede decir que es demagógica la propuesta y las intenciones. Si se logra la participación de algún sector, es un tipo de *participación de y no en*, como lo



precisara Argumedo (1986). La participación en este enfoque es impuesta y las acciones de los participantes son pasivas que no procura aportaciones, reflexiones ni aprendizajes. La asistencia es sólo de momento, para cumplir o quedar bien con el jefe. Este es común todavía en nuestro medio y entorno actual.

Experiencias en evaluación participativa y su importancia

Las experiencias sobre evaluación participativa en educación, en nuestro medio, han sido escasas, aunque el interés por aplicarla va creciendo. En general, las mayores experiencias en evaluación participativa en el mundo, se han dado en escuelas dirigidas por organizaciones no gubernamentales o las llamadas del tercer sector que por el sector gubernamental. En el marco por lograr acuerdos mundiales, como Educación para Todos, Educación Compartida y los Objetivos del milenio para 2015, se han dado numerosos casos, utilizando como un medio, entre otros, la participación. Estas han logrado importantes resultados que contribuyeron al cuerpo de conocimientos en el campo de la educación participativa (Fernández-Ludeña, 2012 y Aubel, 2000).

En el caso de México, la evaluación participativa en la educación básica es casi inexistente, en cambio en la educación superior empieza a notarse algunas experiencias visibles como aquellas relacionadas a las autoevaluaciones que dan por iniciativas particulares de profesores o exigencias institucionales (Heredia, Aguilar y Domínguez, 2012) y aquellas propiciadas por los Comités Interinstitucionales para la Evaluación de la Educación Superior A.C. (CIEES) (De la Garza, 2014). En estos casos, las evaluaciones de los planes de estudios son llevadas a cabo “por pares”, es decir, una combinación de evaluación interna y externa. Otro ejemplo de evaluación participativa en México podemos mencionar a los que se hacen en los programas de postgrado, ya sea para postular o continuar en el Programa Nacional de Postgrado de Calidad (PNPC) (CONACyT, 2014). En este caso, las autoevaluaciones son integrales, en donde participan grupos de académicos por propio interés o sugeridas por autoridades universitarias.

Por otro lado, los beneficios que podemos lograr a través de la participación en educación y entre ellas en evaluación, según Argumedo (1986) son las que a continuación, recopilamos de forma enunciativa:





- La participación de padres de familia, docentes, alumnado y comunidad en general, en los diferentes aspectos de la educación formal básica permiten que el currículo general se adecúe mejor a la cultura local, coadyuvando a un aumento de la calidad educativa.
- La participación ayuda a superar la discriminación y marginación educativa de los sectores de población más vulnerables y contribuye a que se extienda la cobertura y la retención en el sistema formal.
- La participación en educación contribuye a mejorar la autoestima, las habilidades sociales y el sentido de pertenencia, fomentando con ello las competencias para la participación social. Esto es especialmente relevante en el caso de las poblaciones empobrecidas ya que conlleva su empoderamiento.
- La participación de todos los actores otorga un sentimiento de apropiación e identificación con el centro educativo y su entorno, facilitando además la integración social tanto de padres y madres como del alumnado.
- La participación contribuye a la dignificación de la función docente, permitiendo que educadores y educadoras desarrollen su potencial, al tiempo que la calidad educativa aumenta.
- La participación, particularmente en evaluación, mejora la rendición de cuentas en la gestión de los centros educativos, optimizando los recursos públicos.
- La participación mejora el seguimiento del desempeño de los educadores que puede redundar en un mejor desempeño de estudiantes.
- La participación permite movilizar enormes dosis de energía, motivación y recursos de medios de comunicación, empresa privada, instituciones públicas y otros agentes sociales para mejorar un bien público que es de todos y todas.
- La participación de la sociedad civil en los planes educativos permite una mayor representatividad de la ciudadanía en un tema de gran relevancia social.
- La participación en educación fortalece la democracia, socializando el conocimiento y la toma de decisiones.

El éxito de una evaluación participativa, sin embargo, depende, en gran medida, de la experiencia y de las habilidades del coordinador de la evaluación quién es responsable del diseño y de la ejecución de la tarea. Esta es una actividad muy exigente y retadora, razón por la cual la persona que actuará como coordinador debe ser elegida muy cuidadosamente. Puede



tratarse de un consultor externo o de una persona perteneciente a una organización afín, dependiendo dónde pueda encontrarse el candidato con la experiencia requerida (Aubel, 2000).

Debilidades

Aubel (2000) por un lado y Fernández-Ludeña (2012) por otro, desde sus propias experiencias, señalan que el éxito de una evaluación participativa depende de una variedad de factores relacionados con la disponibilidad y uso cuidadosamente estructurado de recursos humanos y materiales. Weiss (1990), por su parte, de forma general, señala una serie de limitaciones de este tipo de enfoques, como son:

- No todos los agentes críticos suelen estar interesados en la evaluación, ya que la mayoría de ellos van a estar más interesados en la ejecución del programa que en su evaluación. Esto puede reducir la participación y que haya ausencias en las reuniones de trabajo.
- Aunque los procedimientos participativos parece que aumentan la relevancia y la factibilidad del estudio, no está claro que lo hagan respecto a la calidad técnica, que suele verse como secundaria.
- La presencia de algunos agentes críticos en la evaluación no asegura totalmente su participación en la toma efectiva de decisiones, ni siquiera su influencia en relación al futuro del programa.
- La movilidad de los/as profesionales responsables de los programas dificulta la asunción y la continuidad de compromisos en su interlocución.

Amenazas

Aguilar-Idáñez (2011) basado en las críticas de otros autores sobre la evaluación participa y de su propio análisis, ofrece un listado de posibles amenazas, como se describe a continuación.

- La rutinización, que impide interrogarse sobre el alcance y el significado de lo que se hace.
- El simplismo, que convierte en innecesarias las preguntas y en molestas las complejidades
- El individualismo, que circunscribe la acción social o educativa a la propia disciplina y al centro de servicios sociales o al aula.



- La comodidad, que elude las preocupaciones y los esfuerzos sostenidos
- La aceleración, que convierte lo urgente en importante.
- Los temores, que hacen concebir la evaluación más como una amenaza que como una ayuda.
- La complejidad de los procesos sociales y educativos, que hacen igualmente compleja la evaluación.
- La falta de experiencia en estas lides, que hace concebir como algo peligrosamente novedoso e innecesario un proceso de evaluación.

Obstáculos

En lo que respecta a los obstáculos, Aubel (2000), hace el señalamiento de que la participación comunitaria en los centros educativos no es una tarea fácil. Precisa un aprendizaje prolongado, un acompañamiento especializado y, especialmente, una transformación cultural profunda. A diario, las escuelas se enfrentan a barreras internas y externas que limitan su potencial democrático y conspiran contra la mejora de la calidad educativa. Entre otras, algunas de las barreras que encontramos con mayor frecuencia son: el centralismo administrativo que, en ocasiones, consagra un sistema vertical con escasa participación de actores; cierto autoritarismo por parte de autoridades educativas que toman decisiones pedagógicas y dejan fuera a docentes convertidos en meros ejecutores de programas; la desvalorización de la cultura de los pobladores locales que se considera que poco tienen que aportar; la ausencia de canales específicos de participación o la indefinición de éstos, sin funciones claramente delimitadas; la ausencia de capacidades de padres de familia o del alumnado para interactuar con docentes y administradores educativos o, simplemente, el desinterés o desmotivación hacia la participación. En definitiva, la participación comunitaria en los centros educativos requiere trabajo y esfuerzo. Se trata de procesos largos, que implican educación y capacitaciones específicas. El protagonismo de la sociedad civil y, en especial, de ONG representativas de intereses populares, es innegable. Pero no puede quedar al margen la acción de las autoridades o de los colegios de magisterio.

Conclusiones

Es de reconocer que la evaluación de acciones sociales, entre ellas la educativa, cada vez ha tenido presencia, no sólo en el discurso, sino también en la práctica, por ello quizá este año (2015) ha sido considerado *Año Internacional de la Evaluación*, sin embargo, su impacto ha sido



insuficiente y débil, particularmente en los logros educativos. Esto en gran medida se ha debido al tipo y enfoque de evaluación promovido y practicado, que ha sido externa, sumativa e impuesta, cuyos resultados pocas veces han sido utilizados. Aun cuando en los recientes años, desde las instancias gubernamentales se ha propuesto y en parte promovido el involucramiento y participación de los actores en acciones evaluativas, en la práctica éste ha sido casi inexistente. Las mayores experiencias y por lo tanto los conocimientos en evaluación participativa se han dado desde la parte no gubernamental. Estas han reportado las bondades, sus enfoques, logros, pero también sus debilidades, obstáculos y desafíos. En una sociedad donde prevalece el individualismo, en la que se va perdiendo la cooperación y la solidaridad, es necesario promover e impulsar la participación en los diversos aspectos y especialmente en las acciones educativas y entre ellas la evaluativa, para contribuir a cumplir los logros educativos que la sociedad demanda y que en parte han sido cumplidos.

Bibliografía

Aguilar-Idañez, J. (2011). Evaluación participativa en la acción social. En: Raya-Díez E. (Coordinadora), Herramientas para el diseño de proyectos sociales. Material didáctico, Trabajo social No. 1. Universidad de La Rioja, España. PP 91 – 102.

Argumedo, M. A. (1986). Elaboración curricular y aprendizaje colectivo en la educación participativa. En: Werthein, J. y M. Argumedo (eds.). Educación y Participación. Traducido del Portugués. Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura, Brasilia, Brasil (39 – 72).

Aubel, J. (2000). Manual de Evaluación Participativa del Programa, Involucrando a los participantes del programa en el proceso de evaluación Edición No. 2 Publicación. Publicación conjunta de Catholic Relief Services y Child Survival Technical Support.

Balcazar, F. (2003). Investigación acción participativa (iap): aspectos conceptuales y dificultades de implementación. En: Fundamento en humanidades Año IV, No. I/II 7/8, p 59-77. Universidad Nacional de San Luis, Argentina.

Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (2014). Programa Nacional de Postgrado de Calidad. <http://www.conacyt.gob.mx/index.php/becas-y-posgrados/programa-nacional-de-posgrados-de-calidad>. Visitado en abril de 2015.

Díaz Barriga, A (2005). Evaluación curricular y evaluación de programas con fines de acreditación. Cercanías y desencuentros. Conferencia para el Congreso Nacional de Investigación Educativa. Sonora.

Dirección General de Desarrollo Curricular (2014). El enfoque formativo de la evaluación. Serie: Herramientas para la Evaluación en Educación Básica. Dirección General de Desarrollo



Curricular de la Subsecretaría de Educación Básica de la Secretaría de Educación Pública. México D. F. 66 pp.

Esmanhoto, P., K. Steven y J. Werthein (1986). Tendencias hacia el desarrollo de enfoques participativos. En: Werthein, J. y M. Argumedo eds. Educación y Participación. Traducido del Portugués. Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura, Brasilia, Brasil (73 – 98).

Fernández-Ludeña, A. (2012). Educación y Participación, un sueño. Fundación Entreculturas. Madrid, España. 130 pp.

Gómez de Souza, L. A. (1986). La participación popular en América Latina. En: Werthein, J. y M. Argumedo (eds.). Educación y Participación. Traducido del Portugués. Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura, Brasilia, Brasil (25 – 38).

Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación (2012). Estado actual y consideraciones sobre su evaluación. Presentación del INEE ante la Comisión de Educación de la LXII Legislatura de la Cámara de Senadores. México D.F. 14 pp.

Vejarano, G. (1983). La investigación Participativa en América Latina. Antología. Centro Regional de Educación de Adultos y Alfabetización Funcional para América Latina (CREFAL), Patzcuaro, Michoacán, México. 258 pp.

Weiss, C. (1990). Investigación Evaluativa. Segunda edición. Trillas. México, 130 pp

